

La conducta verbal de las madres y las hijas en la narrativa de C. E. Zavaleta

Salomón Vásquez Villanueva

Desde 1992 he leído y examinado con mucho interés y en forma exhaustiva la narrativa de C. E. Zavaleta. Al inicio, atendiendo solamente un compromiso académico: los estudios universitarios de posgrado; posteriormente, mi motivación académica quedó ampliada e insertada en la investigación, dando así a luz mi tesis: *La simbología social en la narrativa de C. E. Zavaleta*.

El presente estudio intenta ensayar una exposición que se ocupa de la conducta verbal, un tema sumamente complejo y, por ende, poco investigado; además de canalizar y evaluar las reacciones de los investigadores quienes hayan realizado estudios sobre este particular, con el propósito de orientar el progreso y desarrollo de las tareas de investigación.

Para alcanzar el propósito establecido la presente investigación aborda la conducta verbal de dos personajes femeninos los cuales son —en su esencia, de acuerdo con su relación y su estructura social— totalmente familiares para sí mismos y la sociedad universal: las madres y las hijas, personajes¹ de los textos narrativos escritos acertadamente por el notable y singular escritor peruano C. E. Zavaleta: “El ultraje”, “Las dos cocineritas del

¹ En la estructura de la narración, cuestiona Chatman, intervienen la lingüística y la semiótica, interesadas en los planos de la expresión y del contenido a partir de los aportes de Ferdinand de Saussure y Louis Hjelmslev. Chatman, según este modelo, determina la estructura de la narración: la historia (o contenido) y el discurso (o expresión), la primera conformada por los sucesos

rey”, “Vestido de luto”, “La camioneta de la alegría” y “Mi antigua sirvienta”.

Escudriñamos la conducta verbal a partir de la consulta hecha cuidadosamente a las orientaciones teóricas y las investigaciones correspondientes cuya existencia queda limitada indudablemente a los reducidos estudios realizados por los filósofos, los lingüistas y los psicolingüistas. Para facilitar el mejor ejercicio de las objeciones y el cuestionamiento que tuvieran lugar, la recepción y la canalización de las opiniones que dan cuenta sobre las particularidades de la misma es pertinente especificar que la abordamos otorgándole el sentido, la equivalencia semántica de manifestación verbal; es decir, capacidades verbales, equilibrio verbal observados minuciosamente al recibir y expresar los mensajes en el proceso de comunicación que “establece y mantiene las relaciones sociales, controla los comportamientos de individuos y grupos, alimenta y transfiere la cultura”. En la idea de que la comunicación “debe incluir todos aquellos procesos por los cuales las personas se influyen entre sí”, o de modo general en “aquello que une a dos elementos cualesquiera”.²

¿Qué ideas son aquellas que comprende en su extensión el concepto la *manifestación verbal*? Ubicada en el plano del discurso³ o expresión⁴ comprende el modo, las condiciones, también las limitaciones —lingüísticas, psicológicas, culturales— que una persona experimenta en el proceso de la *expresión de mensajes*, no en el proceso de adquisición o aprendizaje. Pues el hombre —después de haber adquirido y desarrollado su propia lengua, con el afán de comunicarse con los demás— produce un sinnúmero de enunciados. Además siente y tiene la necesidad imperante de materia-

(acciones y acontecimiento) y los existente (los personajes y los escenarios); por su lado el discurso (o expresión) conformado por la estructura de la transmisión narrativa y la manifestación: verbal, cinematográfica, en ballet, en pantomima, etc. Cfr. *Historia y discurso*, pp.19-43.

² Cfr. en la revista *Enciclopedia hispanoamericana de la lengua y la literatura*, N.º 7, p. 49.

³ Discurso en el modelo de Chatman.

⁴ En el modelo de Ferdinand de Saussure y Louis Hjelmslev.

lizar lingüísticamente su mundo interior: inquietudes, sentimientos, conflictos, experiencias, ¿dónde?, ya sea en el trabajo, en la producción e interpretación del arte, asimismo en las manifestaciones de la cultura. Tiene la equivalencia de expresión verbal. En este sentido, el lenguaje, la palabra (en su forma oral o escrita) “representa un concepto moral, intelectual, afectivo”.⁵

Por su lado, las *capacidades verbales* exigen la concurrencia de los conceptos: facilidad expresiva, calidad persuasiva y convincente, la calidad de pensamiento, la respuesta ágil del interlocutor; además el equilibrio verbal y emotivo, subrayando el respeto y la buena consideración al interlocutor, las relaciones sociales claras, justas, honestas, sinceras, oportunas, afectivas, sin ambigüedad, sin ningún derecho o espacio disponible para la coacción.

Al respeto sirven de base los modelos propuestos por Bühler y Roman Jakobson, del primero, por ejemplo, la determinación de las funciones semánticas del lenguaje: representativa, expresiva y apelativa. Por su parte el segundo considera que en el acto de comunicación se envía un mensaje al destinatario, lo cual implica indudablemente la intervención imprescindible del emisor, el receptor, el mensaje, contexto, contacto, código; el emisor y el receptor se relacionan entre sí gracias al intercambio verbal, también propone que el lenguaje en el acto comunicativo cumple las funciones: emotiva, referencial y conativa, a más de poética, fática y metalingüística.⁶

Los estudios realizados y consultados sobre la conducta verbal quedan solamente en la sintonía de aprendizaje de la lengua, la enseñanza de la misma, especialmente en el sector de la niñez. Así, por ejemplo Juan Estarellas⁷ (1971) en un capítulo de su libro se ocupa de los aspectos relacionados con la conducta verbal. Sostiene que el hombre y su conducta son simbólicos, la segunda

⁵ Stella MARTINI. En *Enciclopedia hispanoamericana de la lengua y la literatura*, N.º 1, p. 7.

⁶ Silvia Ana DOSEN. En revista *Enciclopedia hispanoamericana de la lengua y la literatura*, N.º 8, pp. 57-64.

⁷ Juan ESTARELLAS. *La psicolingüística y la enseñanza de los idiomas extranjeros*, pp. 39-64.

constituye la extensión del primero y guarda una correspondencia directa con su entorno. Asimismo, subrayamos el concepto “contexto verbal”, descifrado como la situación determinada que interviene y la información que se obtiene a partir de todos los actos comunicativos sostenidos y desarrollados.

La conducta verbal desarrollada por los seres humanos normales siempre aporta significado, asimismo goza la virtud de ser organizada, instrumental y opera dentro del contexto⁸ verbal. Los aspectos propuestos —a modo de indicadores, bastante difíciles de ser medidos por la subjetividad inherente a los mismos— son: capacidad de razonar, fluidez de ideas o facilidad de pensar, capacidad de expresión, capacidad de pensar, capacidad de nombrar rápidamente, capacidad de identificar las funciones referidas a las formas, la clase y las construcciones gramaticales, capacidad de escribir, capacidad articularia, capacidad de hablar coherente y efectivamente

Resulta muy importante, por otro lado, considerar las asociaciones verbales que se manifiestan en las modalidades siguientes:

- Contraste.
- Semejanza.
- Frecuencia relativa de la respuesta, tiempo de reacción individual al estímulo verbal.
- Generalización verbal.

El tema objeto de nuestra investigación ofrece, a la luz de los estudios realizados, la posibilidad de ser abordado desde distintos puntos de vista, entre otros, mencionamos: el estadio estímulo-respuesta (E-R) en sus dos manifestaciones (el reflejo condicionado de Pavlov y el aprendizaje operante de Skinner), el conductismo, el psicologismo, la lingüística.

Al respecto, el aporte de Morris (1938) describe las tres reglas de la semiótica: la sintaxis entendida como la relación de unos sig-

⁸ Para Roman Jakobson el contexto es requerido para que el mensaje sea comprendido, es el entorno en el cual se relacionan emisor y receptor.

nos con otros; la semántica en calidad de la relación de los signos con las cosas designadas; la pragmática, entendida como la relación de los sujetos con los signos.

Chomsky (1959: 158) por su parte conserva su distancia con los demás críticos e investigadores considerando que la conducta verbal debe describirse solamente en términos gramaticales porque los demás aspectos inherentes quedan ubicados en el misterio. No hay duda, es reconocido y aceptado como el principal teórico de la conducta gramatical, en sus dos distinciones: la *capacidad* del que habla-oye y la *actuación* traducida como el uso real de su lengua en situaciones concretas.

Respecto al motivo de nuestras divagaciones los psicolingüistas concuerdan en el sentido de que se requiere establecer modelos de capacidad y de actuación. Las investigaciones sobre la gramática y la conducta verbal son numéricamente reducidas a pesar de la presencia feliz de los psicolingüistas: Saporta (1966), Johnson y Miller.

A su turno Skinner (1957: 7) afirma, con mucho acierto, que la conducta verbal no se moviliza en forma independiente de la conducta humana, ha sido indudablemente el primero que admite la complejidad de la conducta verbal. Ha realizado el análisis y la clasificación de la conducta verbal funcionalmente, hecho que constituye su mejor aporte. Para él, las respuestas verbales (*mands*) se dan de acuerdo con las necesidades del que habla: la petición en sus dos direcciones: las súplicas y las órdenes, además de la información o comentarios (*tacts*). Pues existen otros tipos de respuesta: la *intraverbal*, respuesta verbal evocada por otra respuesta verbal; las *textuales*, respuesta a la lengua escrita.

En el proceso de la comunicación el locutor y el interlocutor se relacionan recíprocamente, el segundo desempeña doble papel: habla y escucha. Cuya conducta es autocrítica (cuando se refiere a sí mismo) y autoeditora (si se describe y manipula las respuestas verbales).

La conducta verbal de las madres y las hijas

La conducta verbal de las madres y las hijas llega con el sentido de manifestación, expresión de respuestas lingüísticas, en el acto comunicativo, en el proceso de comunicación donde se desarrollan lingüísticamente las madres e hijas considerando la petición (súplicas, órdenes, información o comentario), la intraverbal, la autocrítica y la autoeditora.

La tarea emprendida no es nada fácil. La dificultad la encontramos en el esfuerzo ejercido al reproducir, analizar e interpretar el proceso de la comunicación de las madres y las hijas, personajes, los llamados existentes narrativos en los relatos de C. E. Zavaleta.

La conducta verbal cero de las hijas

Denominamos conducta verbal cero a aquella en cuyo proceso de comunicación de las madres y las hijas no tienen presencia la manifestación verbal o lingüística, el acto comunicativo, el intercambio verbal. Es decir, las madres y las hijas no se han encontrado nunca en el proceso comunicativo, ni en el intercambio verbal. Quienes han leído detenidamente la cuentística de Zavaleta subrayan la presencia material de las madres y las hijas en los cuentos: “El ultraje” y “Las dos cocineritas del rey”. Las dos enfermas, una por el ultraje ejercido sobre ella, por los castigos deshumanizados del marido; la otra, por la viudez y la enfermedad natural. Las dos no tienen presencia en el proceso de comunicación, en ningún momento se encuentran lingüísticamente las madres y las hijas, no encontramos en ellas conductas verbales recíprocas. En una palabra, y según el acto comunicativo de las madres y sus hijas, la conducta verbal de las segundas es cero.

El contexto y la conducta verbal de las hijas en “El ultraje”

¿Cuál es el contexto verbal en el cuento “El ultraje”? La familia ha quedado constituida por los dos padres y los cuatro hijos. Pino y

Mariana, los padres; los hijos: Santiago, Antonio, Fausta y Guillermina. Mariana “se había sentado en el lecho y, cogida a su vientre, donde recibiera el golpazo, aspeaba las manos, deformaba sus labios, ya sin resuello, y torcía los ojos con abrasada angustia”. El padre Pino ha construido todo este ambiente lleno de tensión, estimulación a la violencia material y verbal, al ultraje recíproco de padre e hijos. Padres e hijos quedan inmersos en una atmósfera plagada de tensión y violencia insostenibles en todas sus formas y magnitudes.

Fausta es la tercera de los cuatro hermanos. No soporta la conducta verbal abusiva del padre. En toda la relación de madre hija solamente una sola vez se dirige a la madre, busca a la interlocutora, la madre, a quien la censura invitándola a liberarse y dejar de ser víctima de los castigos físicos: “Pero ¿cómo puedes consentirle, mamá?”. Su madre no responde. En efecto, la conducta verbal de la madre es cero, no llega la respuesta intraverbal.

En segundo lugar, se aprecia la conducta autoeditora; busca al padre para convertirlo en su interlocutor obligado. La conducta verbal queda reflejada en la respuesta llena de impotencia, censura, resentimiento, rechazo y ultraje por los castigos ejercidos sobre la madre: “¡Pero no tienes derecho a maltratarla!”. “¡Tú no la quieres! ¡No la has querido nunca...!”. “¿Quieres que muera mamá?”.

Reprocha el descuido, al abandono del trapiche y la falta de trabajo: “¡El trapiche fue de mi madre! Cada vez que se habla de limpiarlo bramas como un toro... ¿O es que ya vendiste las piezas? ¡Hace años que no trabajas en nada y que el trapiche no sirve!”.

Finalmente, su conducta verbal autoeditora queda orientada a los hermanos, incitándolos a castigar físicamente al padre: “¡dénle más...!”, “¡Péguenle y bótenlo de La Pampa...!”, “¡Lárguenlo! ¡Mántenlo!” Enfrenta a los hermanos con su padre, subrayando la limitación que el padre les ha determinado: “¡No quiere que ustedes revisen la maquinaria! ¡No quiere verlos trabajar!”. Les recuerda a los hermanos la situación del estado civil del padre y la madre, los castigos que él los ejerce sobre la madre, a más de la infidelidad del padre: “¡Ni siquiera ha querido casarse con mamá...!”.

“¡Y a mamá le han dicho que tiene un tumor en el vientre, ahí donde él le golpea...!”, “¡Y todavía tiene otra mujer!”.

La cuarta hermana es Guillermina, la menor de todas, tímida, nerviosa, sin saber a quién defender; se dirige a su padre tímidamente: “¡No, papá...!” Lo ha hecho por única vez.

En conclusión, la conducta verbal de la hija, conocida con el nombre de Fausta, tiene tres destinatarios: la madre, el padre y los hermanos. Respecto de la madre, se expresa en una interrogación, con sentido adversativo, con tono de censura. En torno del padre, la conducta o manifestación verbal queda sintetizada en una actitud de impotencia, censura, resentimiento, rechazo y ultraje provocado. En el sector de los hermanos, su conducta es autoeditora, cuya petición tiene el sentido de orden, orden a ultrajar al padre.

El contexto y la conducta verbal de las madres y las hijas

En “Las dos cocineritas del rey”

Por su parte, en “Las dos cocineritas del rey” encontramos tres mujeres, las cuales hacen una suma de cuatro: dos madres y dos hijas. La madre, la hija y la nieta viven en la misma casa reducida ahora: una parte la han alquilado a un matrimonio extranjero. La primera ha quedado viuda, con tres hijos: dos varones y una mujer, conocida ampliamente con el nombre de Chela. Luego de su viudez, ha perdido su capacidad económica, incluso sus pertenencias, algunas las han vendido, otras las han alquilado; la situación económica, afectiva, social se ha empeorado tremendamente, como resultado de esto ha quedado enferma, sin la posibilidad de servicio ni para ella ni para los suyos, quienes son menores de edad. La madre quedó aislada, separada del resto, con una conducta verbal cero.

Chela la hija y hermana mayor ha asumido la responsabilidad de padre y madre. Entre Chela y su madre no se ha desarrollado el proceso de comunicación; pues no encontramos ninguna

muestra de conducta verbal entre ellas. Sin embargo, Chela sostiene una relación directa con Pepe y Leo, sus hermanos menores.

Después de una relación amorosa tormentosa, ella ha quedado en cinta de Ferro, las fuerzas suyas quedaron desgastadas y consumidas por la futura heredera que ha ampliado el volumen de su vientre, no le resisten para hacer los quehaceres de la casa, atender a los hermanos quienes asisten todos los días a la escuela. Pepe, el mayor de los hermanos, no tiene en su comportamiento visos de solidaridad, sensibilidad destinada a la ayuda en la casa, con él no funcionaría el discurso ni la apelación que vienen de la voz afectiva de Chela, con la finalidad de que se haga cargo de la cocina; el hermano menor tiene la solución: pues por la edad que tiene es más vulnerable y objeto de convencimiento. En efecto, la súplica para entrar a la cocina, los halagos y la persuasión inteligente y afectiva encuentran espacio reducido, pero gran voluntad en el corazón de Pepe, un destinatario especial, tierno, dulce: “Haz primero las cosas chicas, el desayuno y el lavado de ollas y platos; yo me daré unos saltitos para cocinar y lo que sobre del almuerzo será toda nuestra comida. Por hoy calientas lo que veas hecho, que luego harás sin ayuda los potajes y serás en todo el dueño de casa. ¿Te imaginas? ¡El dueño de casa! ¡Tú manejarás la plata!”. El discurso (la conducta verbal de Chela) es altamente emotivo, persuasivo, convincente, halagador, encantador, autoeditor, enamorado y conquistador.

Su conducta verbal coloquial se ha mostrado sumamente autoeditora, cariñosa y persuasiva: “Y ahora vete a poner la leche; no tapes la olla y cuida de que no chasne”. En esta expresión verbal se observa el dequeísmo, cuya estructura tiene la fórmula: verbo, preposición y que (cuida de que). No le ha faltado las palabras de madre, en una admiración verbal expresada con una interjección y dos vocativos sumamente afectivos: “¡Oh, mi cielo, mi amor!”. El cariño y amor le sobraba, por ejemplo, le había dicho a su hermano Pepe: “Ven, ven para que te peine...”.

Sin embargo, a medida que los días han pasado el primer amor se ha ido desgastando, la paciencia se ha terminado, en cambio la tensión ha crecido, tal vez se ha multiplicado. Posiblemente el niño

también se ha agotado, en estas circunstancias llegan las órdenes, la fuerza verbal se impone y domina todas las manifestaciones adversas: “¡Haz el desayuno y ve rápido al mercado!”, “¡Oye, tú, ve al mercado! ¡Debes ir temprano por la carne! ¡Y nada de hacer rodeos para no te vean tus amigos; un chico pobre no debe ser un togado...!” . “¡Anda, he dicho!” . El acto comunicativo de Chela es imperativo, ha utilizado los verbos en modo imperativo y con el sentido de orden o mandato: haz, ve, oye, debes, anda. Su respuesta es autoeditora.

La hija de Chela se llama Rebeca. Entre ellas tampoco se ha desarrollado comunicación, los hábitos de comunicación se heredan, se aprenden de los padres, de los padres comunicativos nacen hijos comunicativos.

Para Rebeca cuenta solamente su tío Leo, el confidente, quien le ayuda en todo, con él conversa y en él confía en forma plena, a pesar de residir distante, en Lima. Rebeca es dulce, necesaria, cariñosa en gran manera, tierna sin límites, bastante oportuna; ha llamado a Lima, pues tiene un motivo especial: el cumpleaños de su tío: “¿Aló, tío Leo? ¡Feliz cumpleaños!” . Al inicio de este intercambio verbal (la respuesta intraverbal), mediante un oración amembre y exclamativa —cuya frase queda constituida por un adjetivo más un nombre— Chela riega su intenso afecto sobre la persona de su tío.

Compromete el afecto superlativo de los demás, más allá del protocolo: “Recibe un abrazo mío muy fuerte, otro de mamá, y otro de la abuela, que sigue muy enferma” . Informa, además, el estado emocional de la abuela, dado el interés del tío por saber cómo marchan las cosas: “Sí, claro, su genio, pero también la presión” . Le comunica, además, que la abuela no quiere saber con los médicos, asimismo lamenta que su tío no tenga la posibilidad de conversar con Chela; también le informa que el juez ha dictado la sentencia de divorcio de su madre, tampoco olvida la mala suerte de la misma; pues además bastante emocionada comenta su labor en la cocina, mientras que Pepe su tío mayor sigue igual. La respuesta encontrada en el acto verbal de Rebeca se denomina autoeditora.

En “Vestido de luto”

Dos padres y dos hijos, los pobladores en una parcela de “Vestido de luto”. La hija Inés es la mayor y el hijo Gustavo el menor, los dos trabajan, a ella ya le pagan y a él todavía no le dan su sueldo de profesor; por su lado, el padre ha sido hospitalizado, desgraciadamente muere. ¿Por qué el mundo estrecho y complicado de las madres y las hijas, donde queda ausente la conversación, donde prima la frialdad de siempre, donde las madres y las hijas se parecen dos planetas que nunca salen de órbita y que cada día se distancian por el movimiento de traslación?

La madre piensa más en el hijo que en la hija, él es objeto de su atención especial, está pendiente de los pasajes necesarios para trasladar al centro de su trabajo todos los días. Una mañana no tiene sencillo sino solamente un billete de diez soles, le queda la necesidad de cambiarlo. Solamente en estas circunstancias se dirige a su hija para atender la necesidad del hijo: “¿Tienes suelto, hija? Cámbiame diez soles”. Inés ya estaba cansada de Gustavo porque no le pagaban y porque todos los días pedía pasajes a la madre, esta actitud le reprocha a su madre y al destinatario de la ayuda: “¿Que te cambie para quién?”. La progenitora manifiesta una conducta verbal coloquial y regional: “¿Tienes suelto, hija?”.

La madre sostiene una conversación con Gustavo, en un ambiente lleno de tensión como consecuencia de la enfermedad de su esposo y la falta de dinero: “¿ Y cuándo te pagan, hijo?”, “Ojalá. Debes ayudarnos en la cuenta de la operación. El Seguro Social no lo paga todo”. La presión es tan grande, insoportable, por eso ejerce la fuerza verbal: “¿Y un pequeño adelanto no has pedido?”.

El delicado estado de salud del padre les ha acercado a los hermanos dándoles la oportunidad de sostener una conversación fluida en un ambiente de unión, ayuda, preocupación por los padres:

- ¿Te pagaron?
- No.
- ¿A qué horas dictas clases?

- Hoy no me tocar ir.
- Y yo tengo permiso —dijo ella.
- Has hecho bien; hay que cuidar a papá.
- Y a mamá —dijo Inés—. La pobre está muy nerviosa.
- Me quedaré con él esta noche. ¿No hay dos camas en el cuarto?
- Una sola; pero duermes en la silla y yo te reemplazo mañana.

“Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón” (ECCLESIASTÉS 7: 3), así reza el proverbio, cuyos alcances interpretativos nos facultan afirmar que el dolor, la tristeza, la enfermedad y la muerte convocan a la solidaridad, a la unión, al encuentro o reencuentro de las partes distanciadas y resentidas, ojalá al perdón recíproco. Después de la muerte inadvertida del padre los hermanos se acercaron más, cuyo acto comunicativo se encarga de resolver el asunto relacionado con los gastos que ocasionará el sepelio del padre. Gustavo ha encontrado mil doscientos soles en su bolsillo, los ha colocado Luisa, su enamorada. El resto lo pondría Inés. Luisa y Berta constituyen los referentes de las respuestas intraverbales.

En “La camioneta de la alegría”

En “La camioneta de la alegría” tienen existencia Maruja y Elisa, la hija y madre respectivamente. La casa soporta la presencia de cuatro: el padre, Elisa, Maruja y Juana la criada. Moisés es amigo de Maruja y amante de Elisa, una vez a la semana llega a la casa. La relación que desarrollan Elisa y Moisés se ha tornado tormentosa, parece que nadie lo sabe, y si Juana lo sospecha no habla, por temor al padre y más a ella misma. La madre y la hija, en la camioneta, se han encontrado en compañía de Moisés, ellas gestionando el acto comunicativo expresan sus respuestas intraverbales llenas de censuras y reproches recíprocos, con mayor dimensión y fuerza vienen de la madre.

De Elisa llega la palabra de censura para su hija: “¡Maruja tiene la culpa!”. Se ha acostumbrado a culpabilizar a la hija, encontrando así una especie de válvula de escape, una forma de expiación de su propia culpa. Mientras se iban de paseo con Moisés, Maruja hizo un comentario, posiblemente invitándolos a mantener cuidado y prudencia frente a las murmuraciones de la gente y, en particular, de los vecinos: “¡Una amiga vecina me dijo que teníamos un carro ajeno, que la camioneta es tuya y no de mi papá!”. Este acto verbal ha encontrado una respuesta de incomodidad de parte de la madre. En efecto, la hija manifiesta su réplica verbal: “¡Eso crees tú, mamá!”.

Las respuestas intraverbales tuvieron lugar solamente al inicio en las dos comunicantes: madre e hija. La madre ha ido a la carga con toda fuerza verbal, con un acto comunicativo dominante (“¡Basta!... ¡He dicho que debes hablar sin excitarte!”), humillante (“¡Eres más grande que yo y no sabes ni portarte!”), agresividad (“¡Cállase, he dicho, insolente!”), atentando contra autoestima (“¡A ver, dile a tu tío Moisés cuántos cursos desaprobados tienes!”), llena de impotencia (“¿Qué hago con esta chica? ¿Podrías ayudarme y llevarla adonde un psiquiatra? ¡La más grande de su año y la más torpe en los estudios?!”).

La madre no tiene espacio en su cabeza sino para las palabras que humillan en sumo grado: “¡Háblale en inglés, te digo, so animal!”. No es capaz de observar los límites naturales del conocimiento: “¡Pues deberías saber más!”. La presencia de la hija se ha hecho insoportable para la madre: “¡Fuera de la camioneta!”, como se observa sus palabras llegan en modo imperativo, en la modalidad de orden: “¡Maruja, obedéceme! ... ¡Ahí tienes un campo al frente! ¡Baja, da un paseo y regresa! ¡Si no, te juro que te pelo a golpes!”.

La conducta verbal de la madre ha cambiado de un rato a otro, después de haber satisfecho sus necesidades carnales con Moisés. El cambio de su actitud es extremo, se fue de la agresividad a la ternura, al cariño de mamá delicada y tierna: “¡ Ven, mi bebé!... ¿Quién está haciendo llorar a mi vida? ¡Véngase usted, mi cora zón!”.

Para ella, todo su acto verbal ha sido una broma: “Todo ha sido en broma, linda, en broma; no llores”.

Al final del día y antes de despedirse, Elisa ha discutido con Moisés conducida y alterada ciegamente por los celos, se han golpeado recíprocamente quedando con ella la peor parte, situación de la cual la hija ha sido testigo, quien quedó muy nerviosa, asustada, preocupada y con las palabras procesadas y dispuestas a seguir sonando; sin embargo, la madre ha controlado todo imperativamente: “¡Calla, tonta! ¡Ayúdame! ¡Que no me vean los vecinos!”. Confundida al inicio, Maruja llamaba a Juana la sirvienta para defender a Moisés, él parecía la víctima, pero después vio a su propia madre herida y sangrada, esta situación produce en ella dolor y compasión cuyo destinatario inevitable es la madre a quien la defiende y encubre lo ocurrido ante el padre.

Si en “Vestido de luto” la muerte se convierte en una poderosa causa y fuerza de conversación, de encuentro, de entendimiento verbal. Así quedan los hermanos y la madre. En “La camioneta de la alegría” quedan hablando la herida, la sangre y el dolor que unen en diálogo franco y abierto a las dos: madre e hija, quienes se expresan ternura, inexplicación, decepción, arrepentimiento, intercesión. A continuación reproducimos el texto en el cual se observa el diálogo respectivo:

— Venga usted a mi lado, mi hija linda.

Obedece.

— ¡Qué malo es Moisés! ¡Cómo te pegó! — susurra, diciendo un secreto.

— Yo le pegué primero —dice la madre—. El es muy bueno y tú debes quererlo. La culpa es mía. ¿Acaso no fue bueno hasta ahora?

— ¡Sí, pero ya se hizo malo!

— Oh, es muy bueno y debes quererlo—repite su madre, también con la voz adecuada a un secreto—. La culpa es mía.

— ¡Lo odio! ¡Es muy malo!

— Debes quererlo. Hazlo por mí.

— ¿No es malo, entonces?

— Oh, no. ¡Si vieras cómo me mimas y me hace regalos! ¡Moisés me alegra la vida! —Luego, tras una pausa, añade con voz dulce y perezosa—. ¿Quieres dormir con tu madre?
— Si tú quieres— dice Maruja.
— Yo sí, pero ¿querrás tú a Moisés?

Finalmente se cierra el diálogo doloroso y decepcionante entre madre e hija, cuya unión feliz tiene una condición: Maruja debe quererlo a Moisés. Dicho en otras palabras, la hija es usada como un médium para llegar y mantenerlo al amante:

— ¿Quieres dormir conmigo?
— Sí.
— Pero ¿querrás a Moisés?

La conversación entre Maruja y la criada es más natural, sin temor.

En “Mi antigua sirvienta”

Cristina y Olga llegan en nombre de las hermanas menores, en una familia cuya convivencia de los padres ha dejado la herencia de cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. La comunicación de las hijas y la madre es bastante escasa, precaria, sujeta a muchas limitaciones, especialmente del orden psicológico: afectivo. La necesidad no es material la que se vive y se comparte sino afectiva, emocional, de seguridad y autoestima. Tienen todas las facilidades materiales: una casa grande y lujosa, muebles, carros. No han experimentado las bondades de la comunicación por esta razón los actos verbales de las hijas son inadvertidos y tienen la tendencia al reproche, la molestia, la censura. Olga es la hermana quien manifiesta actos comunicativos esporádicos y acusadores a su hermano, convirtiendo a su madre en la interlocutora y el juez que debe resolver el conflicto: “Acuérdate, mamá”, “Mira quién empieza todos los días”. Para cumplir la misión verbal ha utilizado los verbos en el modo imperativo: acuérdate, mira. Le reprocha a Julio sus amigos, a quienes los declara desconfiables, inferiores, indecentes: “¿Piensas que puedo yo salir con tus amigos?”, “¿Acaso

voy a codearme con ellos? ¿Cómo eliges a tus amistades? ¡Sabe Dios quiénes serán! ¡Yo soy una señorita, así sea tu hermana!”.

En otra oportunidad se dirige a su hermana Cristina, cuyo acto comunicativo queda coronado de una apariencia de formalidad, elegancia y madurez, teniendo como referencia el Chevrolet ofrecido por la madre para realizar un paseo: “¡Oh, mamá linda!”, “¿Ha oído usted, señorita Cristina?”. La engreída Olga expresa su conducta verbal acompañada de zalamería, coquetería, pedantería, burla, las mismas que las comparte con su hermana menor, siempre a la expectativa de sus amigos y amigas, sutilmente seleccionados al margen de la aprobación de sus hermanos mayores y estudiantes universitarios.

Respecto de su hermano Julio, Cristina lo ha tratado verbalmente en forma agresiva, despectiva, insultante con los verbos expresados en modo indicativo: “Corre como un idiota. Lo veo correr y me muero de cólera”, “¡Qué tal subdesarrollado!”, “El muy idiota es capaz de dejarse engañar”. Por su parte, Olga también tenía mensajes semejantes: “¡Calla, indecente!”, “¡Fuera, sirviente!”

La conducta verbal de la madre —relacionada con su segundo hijo: Julio— ha experimentado dos momentos: uno cuando Manuela la sirvienta ha quedado en cinta de Julio, el segundo diferente del primero, a partir del matrimonio de los mismos. El primer momento queda caracterizado por las siguientes expresiones verbales con un contenido de rechazo y censura: “¿Entiendes, mocoso?”, “¿Entiendes tu error, pequeño tonto...?”, “¿Sabes lo que voy a hacer contigo, idiota?”, “¡Pedazo de imbécil!”, “¡Cuarenta años de problemas...!”. En esta sucesión de improperios, la madre ha interpelado a su hijo mediante el uso de varios vocativos, cuya carga significativa está cargada de toda la presión psicológica: mocoso, pequeño tonto, idiota, pedazo de imbécil. Por otro lado, la carga verbal destinada a Felipe, su hijo mayor, también cumple la misión de la madre impotente: llamarle la atención por los constantes pleitos sostenidos con su hermano Julio: “Tú eres el mayor; debes dar el ejemplo”, “¿No te da vergüenza odiar a tu propia sangre? ¿A quién has salido?”

En este relato muy interesante encontramos una pareja más: Carmen y Manuela, madre e hija respectivamente. En ellas no están ausentes la solidaridad, la comunicación permanente, el amor; el acto comunicativo natural y espontáneo, fluido, sin temor. La conducta verbal de las citadas tiene dos fases: una muy difícil, altamente tensa, debido a que Manuela ha quedado en cinta de Julio, quien ha sido obligado por los padres y los hermanos para abandonarla. Carmen no le huye a los problemas, los enfrenta y defiende a su hija con toda fuerza verbal, dirigiéndose a Julio y a los padres, respectivamente: “Cobarde”, “Ese pedacito de hombre de su hijo Julio”, “un miedoso que se ha escondido bajo la cama”, “¡No quiero nada de ustedes!” “Sólo he venido a escupirles. Serán blancos y tendrán una buena casa, pero no tienen sangre en la cara, ni menos sentimientos. El corazón de ustedes es una araña negra que pica a la gente buena y se corre como los criminales”.

La segunda fase comprende la superación del conflicto, cuando Julio se enfrenta a los padres y demás familiares haciéndose cargo de Manuela en forma definitiva e imponiendo la aceptación a los suyos, así nació Javiercito. La conversación sostenida por la madre y la hija es ágil, fluida, emotiva, alegre, feliz:

— ¿Y dónde está la ricura de mi nieto? —pregunta luego Carmen—. Manuela ¿has bajado a Javiercito?

— Está jugando en su camita; está tranquilito, con los ojitos abiertos.

— ¡Uy, qué lindo! ¡Voy a verlo! —dice Carmen, con otro ademán teatral—. ¡Adiós, colegas de la nueva ola!

Conclusión

Hemos abordado la conducta verbal de las madres y las hijas en los citados cuentos de C. E. Zavaleta, con el sentido de manifestación verbal, expresión verbal, acto comunicativo, en relación con el emisor y receptor o locutor e interlocutor. En esa misma dirección hemos observado el comportamiento lingüístico de las hijas y sus progenitoras, con la finalidad de determinar las condiciones y los resultados del proceso comunicativo.

Generalmente las madres y las hijas no gozan de un encuentro en el acto comunicativo, entre ellas no hay manifestación verbal, debido a que viven en un ambiente sumamente hostil, alejado de la confianza, la seguridad, la aceptación, la intimación. Si bien es cierto que los personajes de los relatos son ficticios, también es cierto que ellos son símbolos de las conductas verbales del hombre y la mujer quienes conviven en la sociedad, de esta manera nos permiten dialogar con la sociedad.

La ausencia del acto verbal es una prueba tangible de que las madres y las hijas, en la vida real, viven su propio mundo, aisladas, divorciadas, cada cual en su propio lugar y en sus propias necesidades, falta el conocimiento recíproco entre ellas, el tiempo jamás ha sido programado para desarrollar un encuentro lingüístico. Ellas —de un lado y de otro, es decir, del emisor y del receptor— siempre han desarrollado actos comunicativos imperativos, especialmente en la modalidad de orden o mandato, dominio, imposición, también no queda al margen la forma de silencio monótono y aplastante, cuya carga emocional y psicológica resulta insostenible, con un alto porcentaje de psicosis. No quedan al margen las respuestas: intraverbales, autoeditora.

La modernidad y la globalización exigen, indudablemente, la modificación de los diversos comportamientos del hombre en la sociedad, así el comportamiento lingüístico, social, laboral, cultural, económico, político, ha sufrido los cambios so pretexto de vivir la modernidad y las exigencias de la tecnología, so pretexto de actualización. De este modo, los padres y los hijos nunca se encuentran sentados alrededor de una mesa familiar, dispuesta para la conversación, el diálogo, el acto comunicativo, la manifestación verbal, en todo tiempo y no solamente cuando han llegado los problemas salvables e insalvables, cuyos encuentros llegan coronados de tensiones y expresiones verbales nutridas de tonos y emociones negativas: castigos, pleitos, peleas, censuras, incomprensiones, violencias, ultrajes, vejámenes, sometimientos. La conducta verbal en estas circunstancias es vertical.

La modernidad —de este modo, con sus manifestaciones diversas, mal interpretada y asimilada— ha perforado la estructura

de los hogares y las familias. Los hijos de modo general y, en el caso particular nuestro, las hijas disfrutaban la mayor confianza de los amigos, los tíos, con quienes frecuente y placenteramente desarrollan sus hechos lingüísticos, cuyas conductas y actos verbales y comunicativos son fluidos, amicales, confidentes, tiernos, solidarios, placenteros. Indudablemente la horizontalidad es muy notoria y necesaria, el diálogo es vital e irrenunciable, produce entendimiento, solución a los problemas cotidianos y a aquellos percibidos y calificados como trascendentes.

Referencias bibliográficas

- BROWN, Roger (Editor). *Psicolingüística*. México, Editorial Trillas, traducción: Ernesto de la Peña y Sara Gómez de Ardila, 1981.
- BROWN, R. W. *Language and Categories*. New York, A study of Thinking, apéndice a J. S. Bruner y col., 1959, 1990.
- CHATMAN, Seymour. *Historia y Discurso*. Madrid, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
- CHOMSKY, Noam. "A Review of B.F. Skinner's Verbal Behavior", en *Language*, 25, parte 1, 1959.
- DOSEN, Silvia Ana. En revista *Enciclopedia Hyspamérica de la lengua y la literatura*, N.º 7, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986.
- DOSEN, Silvia Ana. En: revista *Enciclopedia Hyspamérica de la lengua y la literatura*, N.º 8, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986.
- ESTARELLAS, Juan. *La psicolingüística y la enseñanza de los idiomas extranjeros*. Salamanca, Ediciones Anaya, S.A., 1971.
- LÓPEZ GARCÍA, Ángel. *La Picolingüística*. Madrid, Editorial Sintesis, 1996.
- MARTINI, Stella. En: *Enciclopedia Hyspamérica de la lengua y la literatura*, N.º 1, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986.
- MORRIS, Charles W. *Foundations of a Theory of Signs*. University of Chicago Press, 1938.
- RONDAL, Jean-Adolphe. *La interacción adulto-niño y la construcción del lenguaje*. México, Editorial Trillas, 1990.
- SAPORTA, S. "Applied linguistics and generative grammar", en VALDMAN, A. (Ed). *Trends in modern language teaching*, Nueva York, 1966.
- SKINNER, B. F. *Verbal Behavior*. New York, Appleton Century Crofts, 1957.
- VALLE ARROYO, Francisco. *Psicolingüística*. Madrid, Ediciones Morata S. A., 1992.
- VÁSQUEZ VILLANUEVA, Salomón. *La simbología social en la narrativa de C.E. Zavaleta*. Tesis de Maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2000.
- ZAVAleta, C. E. *Cuentos completos*, 2 vols. Lima, R. Angulo Basombrió. OXY, Occidental Petroleum, 1997.